

EL MERIDIANO

Daniel Pérez Calvo

A toda costa

MARIANO José de Larra –el pobrecito hablador– se lamentaba de que en la España batueca, gris y convulsa del XIX la mitad de la gente no leía, porque la otra mitad no escribía. Claro que entonces lo de ir a la escuela no era un derecho y tampoco una obligación. Hoy, sin embargo, leer lo que otros escriben o han dejado escrito está al alcance de todos; por eso no tiene un pase que quienes se dedican a la cosa pública desconozcan –o finjan desconocer– las pistas tan claras que ofrece de la historia para afrontar el futuro desde la perspectiva de tiempos pasados. Es en los libros donde uno descubre por ejemplo que, mucho antes de que Iglesias o su compadre Monedero trataran de patentar las sopas de ajo en la tele, ya había ilustres antisistema campando por el mundo, como los aragoneses Joaquín Costa o Lucas Mallada, sin necesidad de ir más lejos. Aunque no hablaban de castas, sino de oligarquías, ambos apuntaron primero, al situar en el bipartidismo de Cánovas el origen de la podredumbre y la corrupción de su época. Así es como de pronto te enteras de que la regeneración democrática de la que tanto se habla de un tiempo a esta parte nació a socaire del cierzo, hace ya un siglo. Y el caso es que no fueron políticos profesionales, sino patriotas de raza y enorme talla intelectual, quienes con escaso éxito –todo hay que decirlo– se entregaron a la catarsis de aquella España –tan lejana y tan próxima a la vez–, denunciando los usos y abusos de un poder omnimodo y a turnos –supongo que les suena la historia–, que buscaba en vano la silenciosa complicidad de hombres insobornables. Mallada, de hecho, pudo ser ministro y alcalde de Madrid, pero rehusó amablemente la invitación. Cien años más tarde, la mayoría de los desafíos de aquel regeneracionismo –el primigenio– siguen hoy vigentes y la verdad es que no sería este un mal momento para dar la palabra a personas sensatas, herederas del legado de sabios como don Lucas y don Joaquín, que, como ellos, tampoco sufran el estigma ni la contaminación de unos modos de hacer política que han puesto contra las cuerdas muchas de las cosas en las que siempre creímos; gente, en definitiva, capaz de desbrozar desde la erudición y el conocimiento humano los caminos por los que la democracia trata de abrirse paso y sobrevivir... a toda costa.

EL MIRADOR | La ocultación por la prensa de hechos significativos solía deberse a una censura externa e impuesta, pero hoy los procedimientos censores alcanzan mayor refinamiento
Por Guillermo Fatás

Censura de tijera o de alambigue

LA censura de prensa en la España contemporánea nació primaria, transparente. Los periódicos censurados lo avisaban con claridad y dejaban en blanco el espacio del texto prohibido. En su lugar escribían «Censurado». Hubo, incluso, portadas que solo decían, en grandes tipos, «Este número está visado por la censura».

Los gobiernos de la II República, a izquierda y derecha, utilizaron su poder censor de forma pródiga, apoyados en sendas leyes ad hoc. Con Franco ya no fue posible advertir al lector de que se le hurtaban textos; ni, menos aún, de que podía estar ante uno de inserción obligatoria que nada tenía que ver con el diario. A callar.

Ahora, la censura es de otra clase y la más detectable es la que se practica por razones de supervivencia material. No se notan tanto otras modalidades.

Censura de tijera

Un caso tradicional le ha sucedido a José María Serrano Sanz, académico y profesor de la Universidad de Zaragoza, en un importante diario barcelonés, y por partida doble.

Por un lado, donde escribe Cataluña –el texto es en castellano– aparece 'Catalunya'. El diario desecha así cualquier consideración –y no serían pocas– que pudiera oponerse a esa ortografía forzosa, de la que se hace usuario obligado al firmante, le plazca o no.

Por otro, el periódico suprime párrafos sin los que los razonamientos firmados por él quedan amputados, incompletos, cojos.

Serrano afirmaba en las partes cortadas que, en caso de separación de Cataluña, habrá una cadena de efectos graves y negativos para los catalanes. Efectos que no son, en principio, evitables.

No se le deja tampoco decir que el decaimiento del comercio interior de Cataluña con España podría ser brutal y mermar entre un tercio y cuatro quintos, aun sin andar por caminos conflictivos.

También queda censurado el efecto financiero de la separación, que en la banca resultará desas-



HERALDO

«Una forma refinada, alambicada, de censura consiste en decir las cosas de modo que pueda parecer que no se han dicho»

troso, «una verdadera hecatombe», decía Serrano: «Los depósitos bancarios son materia altamente inflamable en momentos de incertidumbre y ahí las entidades financieras catalanas pueden encontrarse en situación crítica». Los dos bancos más sanos –entiendo que aludía a la Caixa y al Sabadell– «tienen muchos más activos en el resto de España que en Cataluña» y los demás bancos no tendrán a quién recurrir.

Sin el euro –añadía–, «los bancos catalanes carecerían de acceso a la liquidez del Banco Central Europeo, por lo que deberían cambiar de domicilio o serían inviables». Y si el nuevo estado crease una moneda propia –de todo se ha oído esta temporada–, la ineludible devaluación inicial «multiplicaría la deuda y sólo po-

dría implantarse en el contexto de un férreo corralito, para evitar en la propia Cataluña fugas de depósitos hacia los bancos del euro».

Estas son las consideraciones sustraídas al lector, tijera mediantemente, a finales del año 2012, cuando pocos hablaban de ello.

Censura con alambigue

Una forma refinada, alambicada, de censura consiste en decir las cosas de modo que pueda parecer que no se han dicho. Esta variedad autocensura requiere gran habilidad, pues es muy laborioso crear un mensaje y emitirlo para poder hacerlo luego blanco o negro, según convenga al momento.

Unas afirmaciones de Pablo Iglesias, portavoz del movimiento de izquierda anticapitalista Podemos, han dado pie a que se le acuse de incitar a la violencia y de despreciar el Estado de derecho. Sus defensores replican que se trató de una parodia en la cual describía propuestas radicales como «ir a las elecciones de una manera masculina, con cojones», de modo que «la representación no implica ningún compromiso», porque se produce en «un parlamento burgués de mierda». El discurso, paródico según estos exé-

getas, proseguía la imitación interpelando a los asistentes: «Supongo que muchos de vosotros sabréis perfectamente fabricar cócteles Molotov, de los que incendian y de los que explotan». Y otras cosas de índole similar.

Acceptedo, a efectos retóricos, que eso tenía algo de parodia, ya no es tan fácil explicar qué hay de paródico en este aserto que remataba el párrafo: «A mí me gusta este estilo. Yo militaba en el MRG [Movimiento de Resistencia Global]. Recuerdo que en Génova íbamos los del MRG con escudo y con casco». Así se está al plato y a las tajadas. Artificio impecable.

Ni tampoco sonaba a sarcasmo esta propuesta: «Hay momentos políticos en los que el poder no se reparte en los parlamentos», pues lo determinante han de ser las «formas semiinsurreccionales». Es una típica superación de la democracia 'burguesa' por vía de hecho que deja de lado el imperio de la ley. No hubo, pues, tanta parodia. Sí existió el truco retórico que ahora permite destilar las frases por el alambigue que convenga.

Será interesante ver si en los distinguidos foros que Iglesias frecuenta en los últimos meses reitera tan expresivas opiniones.

CUENTOS DE DOMINGO

Antón Castro

E-mail a Dios

LA idea no fue suya, pero la leyó en un pequeño reportaje acerca de la autora de dos de sus libros favoritos: 'Blonde', sobre Marilyn Monroe, y 'Del boxeo', una mirada hacia el mundo del pugilismo de alguien a quien su padre llevaba de niña a los comba-

tes; él veía, en las madrugadas de lluvia y añoranza, peleas con su progenitor en una televisión en blanco y negro. Se llama Joyce Carol Oates y es todos los años candidata al Nobel. Es una partidaria del trabajo: dice que escribiendo, leyendo, investigando y hablando de literatura se siente feliz. Y que recupera una extraña forma de juventud y acaso de vitalidad. Nadie lo diría: es menuda, tiene el pelo ondulado y parece frágil, como cristal a punto de romperse. Carol Oates sugería allí que le gustaría escribirle un e-mail a Dios. No tiene claro que exista ni mucho menos si tiene un correo conocido. Pero al fin y al cabo los escritores tie-

nen la facultad de inventar la realidad y de acomodarla a su antojo. Por eso suelen decir que sus libros pretenden ser un espejo del mundo: una metáfora, una fabulación que explica un hecho, unos personajes y un ambiente que quiere servir para los japoneses, los peruanos o para cualquier habitante del planeta. Él no era escritor: solo un ciudadano estupefacto, un resentido social a su pesar (el dolor nos elige) que se ha quedado sin empleo a una edad difícil, como tantos otros. Buscó por aquí y por allá, y creyó haber dado con su objetivo. Habría querido escribirle un correo largo a Dios, con muchas preguntas. Por

ejemplo: si existía alguna razón o coartada que explicase por qué Gallardón dimite, forzado por sus errores, y a los dos segundos le premian con otro empleo y un sueldo de 80.000 euros anuales. ¿Por qué a Pedro Sánchez, la promesa socialista, no se le ocurre otra cosa que decir que las víctimas de violencia de género deberían ser despedidas con funerales de Estado? ¿Son de otra pasta, sobrenatural o divino, los consejeros y directivos opacos de Bankia? No le preguntó nada de eso. Solo le escribió: «¿Por qué es España el país de todos los demonios? ¿A quién o a quiénes les pedimos responsabilidades?».